

podría ser una síntesis de las mil vidas del autor que, capítulo tras capítulo, canción tras canción, va desgajando a lo largo y ancho de este *Siguiendo mi camino*; una pieza iniciática para jóvenes románticos. Se trata de un testamento vital de lucha, donde se encuentra ese aliento y fuerza inherentes a toda la producción del autor. Saliendo al paso de la vida, de un país a otro, de un trabajo a otro, de un amor a otro, siempre fiel a su arte, sin ansias de riqueza, guiado por el azar, sin planes futuros, sin coche, sin casa, sólo el presente, la caridad cristiana, y la confianza en un mundo mejor. El caballero andante sigue en el sendero de las lu-

ces y las sombras, cada vez más ligero de equipaje, cada vez más puro y elegante, alejándose ya de aquella bohemia extinta e, incluso, de su propia escritura. Se le nota en la mirada, en la voz, cada vez más luz, cada vez menos sombra. Nos conocimos en el camino de Monsalvat y me dijo que el Santo Grial no era más que la Fe, la Esperanza y el Amor. Luego se fue envuelto en luz, siguiendo el camino de sus tres estrellas: siguiendo su camino. –IVÁN MOURE PAZOS.

Mauricio Wiesenthal, *Siguiendo mi camino*, Barcelona, Acantilado, 2013.

Íntimo, subterráneo y compartido: el arte del diario

Seis de agosto de 2013

ANTES de ayer llegamos a Galway (Irlanda), y por fin hoy, cuando todo el mundo duerme, abro *Una vida subterránea. Diario 1991-1994* de Laura Freixas. ¡Qué placer más elemental e intenso, la lectura en una mañana medio soleada y lluviosa, en una casa ajena, grande, rodeada de verde, con una taza de café entre las manos y este sillón reclinable! Placer que se duplica cuando compruebo que de repente me distancio de mi realidad y vivo más en el mundo de Laura que en el mío.

A unos más que a otros, pero a todos nos seduce la curiosidad de indagar en vidas ajenas. Sin malas intenciones, sino simplemente porque es muy humano querer saber y entender las vidas de otros, como si así, de paso, entiendiéramos un poco más las nuestras y nos sintiéramos menos aislados y menos solos ante la confusión rotunda del vivir. De hecho, con el diario de Laura Freixas entre las manos me siento menos indefensa.

Como mujer, madre, periodista y profesora puedo entender muchos de los resquebrajos y los desatinos de

los que habla Laura. Diez años antes o después, en Madrid, París, Barcelona o Valencia, las vidas humanas no son tan dispares y los miedos, las exigencias y las batallas brindadas se asemejan en más de una cara.

Siete de agosto

Sigo adentrándome en el diario y en la autora. Me interesa el análisis literario que en él refleja y las reflexiones a sus lecturas. Me resulta bien curioso ir conociéndola: sus amistades, sus dudas, sus angustias. Al fin y al cabo, el diario se alimenta de materia prima humana en estado puro.

Ocho de agosto

Cuando no viajamos entre carreteras agotadoras, pero bellísimas, las anotaciones de Freixas son el refugio para los pequeños desasosiegos domésticos. Por fin encuentro una lectura que me reconstruye el hábito y el placer lector, interrumpido, inexplicablemente, por un torrente de tareas y desconciertos. Con las palabras de Freixas al fin me centro en el libro y en el acto lector, en el silencio; mi mente se relaja, goza y descansa porque se aleja de sí misma para adentrarse en otras.

Nueve de agosto

Viaje intenso por carreteras estrechas. Hoy casi no he leído. Echo de menos la voz de Laura. Mañana retomaré su diario sin falta.

Diez de agosto

De nuevo con él. Es un diario escrito con sinceridad y desgarró, pero

también un trabajo de reescritura y reelaboración, donde –como escribe Laura– «las historias que en él se cuentan, las reflexiones que en él se vierten, no están falseadas por esa coherencia que imponemos, retrospectivamente, a las reflexiones o a las historias para convertirlas en relato o argumentación». Ciertó, el diario es un género literario con unas características muy particulares: es más visceral, menos tamizado, y quizá por ello, más arriesgado y comprometido.

Once de agosto

Leo las anotaciones de Laura con ganas y curiosidad. Los temas son universales, y en especial universalmente cercanos a nosotras. La mujer y la búsqueda de una controvertida femineidad es uno de los temas centrales. Y en torno a la mujer, tantas dudas y exigencias: la maternidad, el éxito dentro y fuera del ámbito doméstico, la relación con el padre y la madre, la actitud pasiva o activa ante la vida, la toma de decisiones, o vivir o no en pareja, un valor añadido en perpetua construcción. Pero sobre todo, las limitaciones y las impotencias inherentes a la condición humana, y en especial, a la condición de mujer.

Doce de agosto

Avanzo en la lectura. Cada vez estoy más convencida del mérito que tiene pulir un diario hasta convertirlo en literatura. En él hay momentos poéticos, reflexiones íntimas, ironías, crítica literaria, radiografía de un tiempo y una generación literaria, y

la riqueza de pensamientos de Laura Freixas, alguien que se ha buscado en distintos lugares, lenguas y profesiones, alguien que cree en ella misma, pero que se desmorona con frecuencia y encuentra grietas por doquier, mientras lucha por construirse como escritora y como mujer.

En esencia, este diario nos brinda un análisis profundo e íntimo del proceso de creación literaria, con todo el desgarrar que éste supone: las excusas para no escribir, el miedo al fracaso, las dudas, las largas esperas, los días en blanco, el esfuerzo, la tenacidad y el desgaste acumulados.

Trece de agosto

Su compañero y marido, el psicoanálisis, las amigas y amigos a los que admira, quiere, y de los que puntualmente se aleja y protege, son un bálsamo para Laura, pero hay dos grandísimas recompensas que están por llegar y por los que lucha en cuerpo y alma: su hija Wendy, y la novela que publicaría en 1997, *Último domingo en Londres*.

Dieciséis de agosto

De Galway a Dublín, la magia celta se aleja. Echar raíces, crear un hogar... Son una constante en el diario de Laura, un deseo que va tomando forma al igual que la maternidad, una creación por la que pelea y desespera al igual que por su novela.

Dieciocho de agosto

Dublín. Voy llegando al final de la lectura. Hay una inquietud que se repite de manera constante en las notas de Laura: el miedo al fracaso «total, irremediable, penoso», la necesidad imperiosa de tener éxito y el miedo al vacío, si no hay un reconocimiento por parte de los otros. Ese mismo miedo la lleva a buscar eternas excusas ante la escritura, dilatándola y sintiéndose culpable por haberla dilatado. Así hasta el último apunte donde escribe: «A veces pienso que todos mis esfuerzos, o casi, deberían ir en una única dirección: ampliar ese cauce; tender a la plenitud del escribir; del expresar. Por la autonomía que eso iba a darme. Por la autenticidad, la fidelidad a mi vocación: Basta de compromisos, mentiras, medias tintas».

Veinte de agosto

Teruel. La literatura del yo, las autobiografías, las memorias, los diarios, son un género resbaladizo y a la vez de gratos resultados. Reconozco que siempre he sentido debilidad por este tipo de literatura, incluida la epistolar, porque en ella se recrea la vida en sus más diversas facetas y me recreo yo como lectora. —LOURDES TOLEDO.

Laura Freixas, *Una vida subterránea. Diario 1991-1994*, Madrid, Errata naturae, 2013.